

Número extraordinario "Consecuencias del Cierre de Escuelas por el Covid-19 en las Desigualdades Educativas"

Opinión

Miedos en una Sociedad Enferma

Irene Corres-Medrano *
Imanol Santamaria-Goicuria

Universidad País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, España

1. Introducción

Estamos viviendo una situación sin precedentes que nos está poniendo a prueba. La enfermedad conocida como Covid-19, se ha convertido en la principal preocupación a nivel mundial. Esta enfermedad que apareció en China a finales de diciembre tiene al mundo entero entre las cuerdas. Las consecuencias de este devastador virus están siendo y serán significativas. La salud, la economía, la educación, la sociedad, entre otros, son ámbitos en los que el poder arrollador de esta pandemia está dejando huella.

Lo que hemos conocido como normalidad ya no se corresponde con lo que estamos viviendo, ni con lo que en un futuro no muy lejano vamos a vivir. Esta "nueva normalidad", trae consigo numerosos cambios. Unos cambios que de manera más o menos precipitada, mejor o peor, más acorde o menos con la opinión pública ya se están desarrollando y otros que esperan el pistoletazo de salida para ponerse en marcha. No sabemos qué va a ocurrir, ni cuántos días vamos a seguir confinados por el estado de alarma, ni qué va ser de nosotros, ni de nuestros seres más queridos. Hablamos pues de una constante sensación de incertidumbre que nos angustia sobremanera y de forma continuada pues no sabemos qué va a suceder.

Pero hablamos de una incertidumbre que poco o nada tiene que ver con la experimentada previamente. Nos hemos ido acostumbrando a las idas y venidas, a las subidas y bajadas, a los cambios bruscos y repentinos, pero siempre teniendo muy claro que todo este trasiego de sucesos, información, conocimientos, emociones y sentimientos...se desarrollaban dentro de unos límites establecidos. Sin embargo, esta "nueva incertidumbre" nos habla, o por lo menos así nos lo han hecho creer, de: vida o muerte, de morir o sobrevivir, de matar o vivir.

Esta situación de desconocimiento que nos lleva a tener miedo reproduce una y otra vez sensaciones de malestar fruto de esta emoción. La capacidad de contagio del miedo podríamos decir que es incluso mayor que la propia capacidad que el Covid-19 tiene para contagiarse.

*Contacto: irune.corres@ehu.eus

2. El miedo en la sociedad

La aparición inesperada, repentina de la enfermedad Covid-19 paralizó nuestras vidas de un día para otro. Lo novedoso, lo extraño de esta experiencia, de esta pandemia a nivel mundial y el consiguiente desconocimiento por la falta de referentes que hagan las veces de brújula en el caos inicial originado, todo ello derivó en una falta de control que ha desencadenado sentimientos desestabilizadores como incertidumbre, angustia, miedo, etc. Nos hallamos inmersos en una situación de emergencia extrema que ha puesto en riesgo nuestra propia existencia, que atenta contra la vida de toda la humanidad. De manera que estas vivencias por momentos se asemejan cada vez más a una película de ciencia ficción o incluso de terror que a la propia realidad antes conocida.

La manera imprevista, sorpresiva en la que apareció esta enfermedad ha dejado fuera de juego a todas las sociedades a nivel mundial. Aparentemente lo nunca antes visto. La información, la contrainformación, la escasez de información, el exceso de información... todo es confusión. Para algunas personas por la falta de respuesta, para otras por dar la respuesta indeseada, sea como sea, todo resulta insuficiente a la hora de dar sentido a una realidad insólita.



Las instituciones gubernamentales repiten con insistencia que debemos tomar medidas de seguridad de manera férrea (no salir de casa, lavado de manos constante, desinfección de todo objeto procedente del exterior, distancia mínima entre personas, etc.) para garantizar nuestra supervivencia.

En estos tiempos en los que las cifras bailan, tan pronto bajan como pueden rebrotar, desconocemos cuál está siendo y va a ser la medida más eficaz. Mientras tanto, todo parece ser ensayo y error... y esto genera desconcierto.

La incertidumbre suele ser fuente de inquietud, de ansiedad, que frecuentemente puede derivar en un alto nivel de angustia. La subjetividad característica de las personas nos moviliza a interpretar todo lo que vivenciamos, esto es, a dotar de significados la realidad siempre inaprehensible en su totalidad. Cada cual lo hace con los recursos de los que dispone. Asimismo, el ser humano establece rutinas y rituales, de manera individual y otras veces colectivamente, para poder estabilizarse y sentir, ilusoriamente, que tiene el control de su vida.

La gestión desde las autoridades centrales ha estado caracterizada en gran medida por el uso de terminología bélica: amenaza, vencer, estado de alarma, batalla, enemigo... Esto ha incrementado el miedo, miedo paralizante e inmovilizante y eso otorga más control (social) a quien ostenta el poder.

Para hacer frente al coronavirus, a enfermar y a morir, la manera establecida para protegernos de la enfermedad ha sido el confinamiento en casa, esto es, el aislamiento social. Medida que atenta directamente contra nuestra naturaleza más primitiva, la socialización. El ser humano es porque es para otras personas. Sin palabras, sin miradas, sin cuidados, sin caricias, etc., esto es, sin encuentro social no hay lugar para ser.

Lamentablemente, no todo el mundo gozaba del mismo bienestar socio-económico previamente a la aparición de la Covid-19: la soledad y la exclusión social, la escasez o el reparto desigual de los recursos materiales, la precariedad laboral, la desestabilidad afectivo-emocional, los niños y las niñas desprotegidos/as en situación de riesgo y vulnerabilidad social... Todas estas realidades se han visto agravadas y otras nuevas se han sumado. En consecuencia, está aflorando toda una sintomatología de la cual aún desconocemos su magnitud: trastornos de ansiedad, irritabilidad, depresión, trastornos del sueño, fobias...

¿Quién ampara a todas esas personas velando por su protección y seguridad? Es incuestionable que esta situación está dejando en evidencia la vulneración de derechos de manera global. Partiendo de la desigualdad social previa a la aparición de la Covid-19, su afectación también se está dando de manera desigual según el sector de la población. Se habla de crisis sanitaria y de crisis económica, pero la verdadera crisis es la social.

La escuela ocupaba ese papel y ese lugar compensador y reparador a nivel social de todas las carencias que esta crisis no solo ha dejado en evidencia, sino que ha incrementado de manera exponencial. ¿En qué lugar queda la escuela? ¿Y quién está cubriendo su labor asistencial en esta situación de aislamiento?

3. El miedo en la escuela

El contexto educativo español y más concretamente la escuela han tenido que reinventarse atropelladamente para poder así hacer frente a los nuevos y numerosos retos que el Covid-19 les ha planteado. Estamos sumidos en una actualidad cambiante que requiere medidas específicas y muy concretas para poder hacerle frente.

Einstein afirmó que las épocas de crisis traen consigo cambios significativos y transformadores. Decía que son momentos que empujan al ser humano hacia el cambio gracias a la creatividad que surge como consecuencia de una gran necesidad. Pero sumido en el miedo ante esta nueva incertidumbre, ahora el miedo resulta más paralizante que nunca.

Según la RAE, cambiar significa dejar una cosa o situación para tomar otra. Sin embargo, actualmente vemos que esto no es suficiente y nos lleva a replantearnos si realmente queremos cambiar.

La situación ha cambiado considerablemente. Ni la sociedad, ni el mundo, ni incluso las propias personas somos las mismas que fuimos hasta el 15 de marzo del 2020. Se están dando numerosas modificaciones y este amplio abanico de reforma puede ir, desde el desarrollo de las funciones laborales a través del teletrabajo hasta la reconstrucción de relaciones a través de unos afectos digitalizados con nuestros seres más queridos.

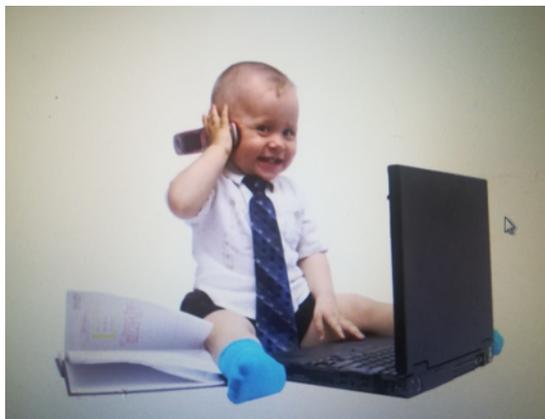
Durante este periodo de confinamiento, la relevancia de las tecnologías de la información y de la comunicación en los procesos de enseñanza-aprendizaje se han modificado considerablemente ya que han pasado de ser una herramienta al servicio de la comunidad, a ser el factor clave para su desarrollo, con todo lo que ello implica teniendo en cuenta su capacidad excluyente para las personas que no cuenta con dichos instrumentos. Se ha pasado de un escenario en el que, supuestamente, el sistema educativo a través de los procesos de enseñanza-aprendizaje, se fundamentaba en la calidad de las relaciones

pedagógicas establecidas dentro de la comunidad escolar, a otro en el que las relaciones quedan relegadas a un segundo, a un tercero, o incluso a un último lugar.

Vemos pues un cambio considerable en las maneras de hacer, pero realmente ¿cuál es el objetivo fundamental de ese hacer?

Muchas son las quejas de la sociedad en general con respecto a nuestro sistema educativo.

En la actualidad el profesorado ha tenido que virtualizar su *modus operandi* y las familias han pasado a ser el nuevo profesorado. Pero se sigue reproduciendo con nuestros educandos aquello que tanto se ha criticado y que supuestamente no sirve para dotarlos de las competencias necesarias para hacer frente a las diferentes situaciones que presenta la vida. La elaboración de fichas y ejercicios incesantes a un ritmo vertiginoso requiere de todo un despliegue de



recursos a nivel familiar que resta un precioso y ansiado tiempo en el que poder, al fin, encontrarse y acompañarse emocionalmente en esta realidad tan inquietante.

Muchas familias están molestas por la cantidad ingente de actividades que sus hijos tienen que realizar y refieren que el profesorado no está haciendo lo suficiente para justificar su sueldo. Otras familias en cambio empiezan a ser conscientes de lo que supone trabajar con 25 personas distintas a la vez.

La situación actual, junto con la presión social fruto del intercambio de roles familia-profesorado, obliga a gran parte del profesorado a tomar medidas que poco o nada tienen que ver con la verdadera función docente. Creemos que el profesorado, sometido a esta presión social, está más preocupado por el qué dirán de los adultos que por las repercusiones que esta situación atípica está generando en nuestros pequeños y jóvenes.

El miedo a que se ponga en entredicho la función docente, dificulta considerar factores tan importantes como la relación en el desarrollo personal de las personas. Hemos modernizado tanto nuestras vidas que en ocasiones se ponen en riesgo nuestras relaciones. Si partimos de la premisa de que sin relación no hay educación: ¿Realmente queremos que la escuela también cambie? ¿Con qué tipo de educación contamos para hacer frente a las necesidades que nuestro alumnado tiene en tiempos de coronavirus? ¿Los cambios realizados son suficientes? Por muchas reticencias que tengamos, mal que nos pese, en un futuro inmediato tendremos que afrontar estos y otros interrogantes aún por responder.